



EL HOMBRE: UN CREADOR DE SIGNOS

Teresa Ayala Pérez

I. Introducción

A través de toda la historia de la humanidad quizás haya sido el signo, y no exclusivamente el lingüístico, el que dio las características propias al hombre, además - obviamente- de su estructura orgánica y de la capacidad intelectual con que la naturaleza lo dotó pues, aunque los animales también utilizan *signos* -o más bien *señales*- pareciera que, en general, lo hacen gracias a un código genético y no los utilizan de manera consciente. Además, no se sabe si los individuos incorporan nuevos signos y, hasta donde se conoce, no utilizan *símbolos*. Por ello, pareciera que sólo los seres humanos disponemos de la capacidad para crear, utilizar e interpretar varios sistemas de signos y de símbolos de acuerdo con nuestra propia visión de mundo. Por tal razón no sólo se puede definir al hombre como *animal racional*, sino que -sobre todo- como *animal simbólico*. (Cassirer, 1979)

Este trabajo no intenta realizar una historia de los signos o exponer los principios de la semiótica, sino que pretende dar cuenta de una realidad de la que, sin duda, muchos ya se han percatado: que, a pesar de que el hombre se ha desarrollado gracias a los signos, en la actualidad es esclavo de los mismos.

El propósito de este trabajo es que analicemos la forma en que el ser humano ha desarrollado su capacidad de comunicación a través de la facultad -al parecer exclusiva- de crear e interpretar signos y de cómo los ha deshumanizado en su intento de crear un mundo absolutamente simbólico.

II. El estudio de los signos

1. Según la Real Academia Española de la Lengua, **signo** es "Objeto, fenómeno o acción material que, natural o convencionalmente, representa o sustituye a otro objeto, fenómeno o acción". (DRAE, 1992)

Para Mounin, el signo es "En el sentido más general, todo objeto, forma o fenómeno que representa a algo distinto de sí mismo". El *signo lingüístico* es, según este autor, una de las variedades del *symbol* en la teoría de Peirce, concepto que no es equivalente a la palabra '*símbolo*' en español. (Mounin, 1982) Pero quien mejor ha abordado el tema del signo lingüístico es -sin duda- el lingüista suizo Ferdinand de Saussure.

En el *Curso de Lingüística General* (1916), Saussure sostiene que la lengua es un "sistema de signos que expresan ideas" y define al **signo lingüístico** como la unión de un significado y un significante. Lo que une el signo lingüístico "no es una cosa y un nombre, sino un concepto y una imagen acústica" (Saussure, 1946: 128).

Dicho signo lingüístico es el total resultante de la asociación de un significante con un significado, pero el lazo que une ambos aspectos es *arbitrario*, es decir, inmotivado y

convencional. Según Saussure, el signo es arbitrario con relación al significado, con el cual no guarda ningún lazo natural en la realidad. Pero, además, al ser de naturaleza auditiva, el significante se desenvuelve únicamente en el tiempo y es, por tanto, *lineal*. (Saussure, 1946:133)

Además, le pareció posible concebir una ciencia que estudiara la vida de los signos en el seno de la vida social, a la cual llamó *semiología* (del griego *semeion* 'signo') y, aunque afirma que aún no existe al momento de formularla, sostiene que tiene derecho a existir y que la lingüística no es más que una parte de esta ciencia general. (Saussure, 1946)

No obstante lo anterior, la noción de *signo* ha sido definida de distintas maneras desde la antigua Grecia, puesto que el *signo* no es necesariamente lingüístico. Hipócrates -fundador de la ciencia médica- hablaba del estudio de los *síntomas* y, más tarde, Galeno de Pérgamo proponía la *semiótica*, especialidad médica dedicada al estudio cultural de los signos sintomáticos que, en la época de Aristóteles, aludía a la acción de un signo en sí mismo o a la interpretación del signo. (Sebeok, 1996: 12)

Siglos más tarde, mientras el lingüista ginebrino Ferdinand de Saussure (1857-1913) proponía el concepto de signo y la ciencia que los estudiara, el filósofo y matemático norteamericano Charles Sanders Peirce (1839-1914) dedicaba su vida al estudio de los signos y es, en definitiva, el responsable de la elaboración de la *semiótica* como el marco para una teoría del conocimiento; de hecho, la concebía como el "álgebra universal de los signos", fundamentada en el álgebra universal de las relaciones. (Serrano, 1984)

Para Peirce, el *signo* es un concepto genérico a partir del cual se deriva un gran número de especies, las que se multiplican a partir de la tricotomía *icono*, *índice* y *símbolo*.

Para Ernst Cassirer, en cambio, un *signo* o *señal* se relaciona con su referente de un modo único y fijo; el *símbolo* humano genuino, por el contrario, se caracteriza por su variabilidad y movilidad. (Cassirer, 1979:64)

El llamado modelo comunicativo de Karl Bühler (1934) considera tres componentes fundamentales: un emisor, un receptor y las cosas y relaciones. Lo que une a estos tres factores es el **signo**, el cual -según hacia donde se oriente- tendrá diferentes dimensiones: **síntoma o indicio** (emisor), **señal** (receptor) y **símbolo** (cosas y relaciones). (Bühler, 1961) Es decir, aunque Saussure diferenciaba al *signo* del *símbolo* en cuanto a que este último no es necesariamente lineal y es menos arbitrario que el anterior, Bühler considera que es sólo una de las dimensiones del signo. Es decir, los signos lingüísticos son símbolos no en el sentido analógico, pero se oponen a los demás símbolos por su carácter vocal, lineal y doblemente articulado. (Mounin, 1982)

Por otra parte, según la Real Academia, *símbolo* es una "representación sensorialmente perceptible de una realidad, en virtud de rasgos que se asocian con ésta por una convención socialmente aceptada". (DRAE, 1992)

Pero, independientemente de la discusión teórica, pareciera que sólo el hombre es capaz de crear signos y de utilizarlos en complejos sistemas de comunicación, sobre todo en el lenguaje.

III. El lenguaje

El proceso de comunicación necesita de un *código* para realizarse a través de los

mensajes. Un *mensaje* es un signo o un conjunto de signos transmitidos desde un emisor o fuente hasta un receptor o destino. Es decir, sin signos, no hay comunicación.

Teniendo en cuenta lo anterior, todos aquellos mensajes dejados desde tiempos inmemoriales por el hombre no son sino *signos*, utilizados bien como *símbolos*, bien como *señales*, según la intención comunicativa de quien los utilizó. De esta manera, podemos observar cómo el hombre prehistórico utilizó los signos no sólo para crear el lenguaje, sino que también utilizó signos en la pintura rupestre, por ejemplo en Altamira o Lascaux.

Sin embargo, es en el *lenguaje* donde se advierte la mayor capacidad de crear y de comprender signos por parte del hombre. Sin esta facultad, quizás el ser humano no habría evolucionado de la manera en que lo hizo.

Según Hockett, en cuanto los homínidos alcanzaron la postura erecta, la marcha bípeda, el uso de las manos para manipular, para transportar o para manufacturar implementos y crearon el lenguaje, se habían transformado en hombres (Hockett, 1971)

El desarrollo cerebral junto con características fisiológicas particulares permitieron que, a la par, el hombre fuese desarrollando su capacidad no sólo de mera comunicación, sino que -además- su capacidad de *simbolizar* a través de signos lingüísticos que le permitieron apoderarse de su entorno, del mundo y, luego, de todo el universo a través de los nombres. Mientras algo no tenga nombre, mientras no sea *signo*, no existe, pues organizamos el mundo a través de éste.

En la obra **La aldea global**, sus autores sostienen que "El primer humanoide que articuló su primer gruñido inteligible o 'palabra', estableció una relación dinámica consigo mismo, con otras criaturas y el mundo fuera de su piel. El habla provoca competencia. También es una herramienta para reconstituir la naturaleza en modelos sintéticos, para traducir una forma en otra." (Mc Luhan y Powers, 1995: 100)

La palabra nació como "el símbolo que representa el objeto o la acción en su ausencia, y que sirve para evocarlos arbitrariamente en la conciencia de otros. La palabra es la base de la fantasía, del pensamiento, de la intención dirigida hacia un objeto o estado de cosas no presentes". (Shulte-Herbrüggen, 1963:10). Así, gracias a la palabra, el hombre se independiza de la naturaleza, pues rompe con la necesidad visual o táctil. La progresiva cerebralización del hombre, acompañada por su capacidad de mayor abstracción gracias al manejo de símbolos, le permiten su liberación del medio ambiente que encadena al resto de los animales y, como sostuvo J.G. Herder, llegó a ser "el primer emancipado de la naturaleza" (Shulte-Herbrüggen, 1963: 10).

Charles Hockett sostiene que sólo el lenguaje humano es *tradicional*, porque implica aprendizaje y se opone a lo estrictamente genético, pero esta tradición se transforma en cultural "cuando en la transmisión de hábitos tradicionales tiene amplia intervención el uso de símbolos." (Hockett, 1971: 565)

El lenguaje -según Edward Sapir- ha llegado a ser la "guía simbólica de la cultura" por lo que el "mundo real" es una extensión inconscientemente constituida sobre los hábitos lingüísticos del grupo, por lo que no hay dos lenguas lo suficientemente similares para ser consideradas como representantes de la misma realidad social (Sapir, 1929).

Por su parte, Benjamin Lee Whorf sostuvo que "diseccionamos la naturaleza siguiendo líneas que nos vienen indicadas por nuestras lenguas nativas" (Whorf, 1971). Agrega que el mundo es presentado en un flujo caleidoscópico de impresiones, las cuales deben ser

organizadas en nuestras mentes por los sistemas lingüísticos y somos nosotros quienes dividimos y ordenamos la naturaleza en conceptos que sí podemos aprehender, por lo cual ningún individuo puede describir la naturaleza con absoluta libertad, pues sólo puede hacerlo a modo de interpretación.

IV. El uso de los signos

1. El ser humano está determinado, en gran medida, por el gran sistema de signos orales que utiliza -el **lenguaje** en general y las **lenguas** en particular- y los sistemas de signos que ha creado a partir de éste, ya sean visuales, auditivos, etc. Por ejemplo, sentimos temor al ver una calavera con dos tibias cruzadas o al escuchar una sirena de bomberos. De la misma manera, evitamos fumar ante el dibujo de un cigarrillo con una línea que lo cruza y, supuestamente, no adelantamos a otro automóvil en la carretera si vemos que los divide una línea continua.

El hombre dispone, entonces, no de uno, sino de varios sistemas de signos para comunicarse. Obviamente, el más completo e inherente a la naturaleza humana es el lenguaje, pero también ha creado otros *códigos* para representar a la naturaleza, para persuadir a los demás o para expresarse a sí mismo. Un código es "todo grupo de símbolos que puede ser estructurado de manera que tenga algún significado para alguien." (Berlo, 1972: 45) Así, utiliza su cuerpo a través de gestos, posturas, miradas, movimiento de manos, etcétera. Junto con su lengua, utiliza el llamado paralenguaje: tono, entonación, acentos, etc. Es decir, dentro del propio individuo está la posibilidad de utilizar sistemas diferentes de signos y emplearlos ya sea como *síntomas*, *señales* o *símbolos*. De esta forma, un solo signo puede ser un mensaje: una mirada, un gesto con la mano, un *grafitti* en un muro o un simple suspiro.

Pero, por otra parte, el hombre ha creado otros sistemas derivados de aquellos que le resultan naturales: sonidos de tambores, señales de humo, petroglifos, jeroglíficos, alfabetos, ideogramas, dibujos o bien códigos específicos como las señales de tránsito, el código Morse, el sistema Braille, la dactilolalia, etc. Sin embargo, prácticamente todos los aspectos de la cultura están contruidos sobre la base de signos: la vivienda, el vestuario, el maquillaje, el arreglo capilar, los ritos sociales, los ritos religiosos o las artes. Además, en su búsqueda del conocimiento, el ser humano ha creado la ciencia y la tecnología, donde también ha necesitado de los signos y de los símbolos: matemáticos, químicos, geométricos, etc. Es decir, en todos los aspectos que rodean la vida humana, está presente la capacidad de crear e interpretar signos.

2. Pero uno de los problemas que el hombre ha debido enfrentar a través de la historia ha sido, justamente, la diferente utilización o interpretación de los signos en cada uno de los pueblos. El Occidente, por ejemplo, el color del luto es el negro, mientras que en Oriente lo es el blanco; en Europa, la serpiente es considerada como símbolo demoníaco, mientras que en América es símbolo de la vida perpetua, de la renovación constante, como en el mito de Quetzacóatl o Kukulcán.

Así, con esta carga cultural, los signos -o más bien los símbolos- ya no sólo representan, sino que llegan a ser -por sí mismos- el elemento o idea simbolizados. Cuando un grupo de

manifestantes quema una bandera, por ejemplo, no está simplemente quemando un trozo de tela, sino que al pueblo completo que tiene como propio a dicho emblema y la razón es simple: el ser humano necesita de los símbolos para sentirse parte de una comunidad o de un grupo determinado, ya que han pasado a ser la forma más natural de distinguirse y de manifestar pertenencia.

Todas las instituciones creadas por el hombre se identifican, casi desde un comienzo, con un símbolo, el cual pasará no sólo a ser el emblema, sino que será -para todos los efectos- la institución completa y todo lo que ello implique. De esta manera, religiones, ejércitos, órdenes sacerdotales, reinos e imperios se caracterizan por sus uniformes, sus colores, sus escudos, sus banderas, sus himnos, etc. De hecho, se reconoce al aliado o al enemigo gracias a estos símbolos. Algunos ejemplos son los siguientes: la cruz, símbolo de los cristianos; la estrella de David, del sionismo; la cruz swástica, del nazismo; la hoz y el martillo, del comunismo; la media luna, del Islam, etc. En consecuencia, ya que el símbolo identifica, puede ostentarse o bien ocultarse si la situación lo amerita, excepto entre los miembros de un mismo grupo, por ejemplo, como aconteció con el pez, símbolo de los cristianos en la Roma imperial.

Además, como se dijo anteriormente, no siempre los símbolos se interpretan adecuadamente por los miembros de otros grupos, lo cual puede representar un grave problema de comunicación. Esto fue lo que sucedió, por ejemplo, cuando los españoles llegaron a América y se produjo una errónea interpretación de los signos, tal como lo describe Tzvetan Todorov: "La interpretación de los signos de la naturaleza que practica Colón está determinada por el resultado al que tiene que llegar." (Todorov, 1995) Así, Colón decodifica de manera diferente los signos que se le presentan; por ejemplo, cuando los indígenas le advertían acerca de la presencia de los antropófagos a quienes llamaban *cariba*, el almirante interpretó como *caniba*, es decir, la gente del Kan; por ende, estaba en las tierras del Gran Kan, pero también entiende que tenían cabeza de perro (*can*) con las que, precisamente, devoraban a sus víctimas.

Por su parte, los indígenas americanos disponían de sus propios sistemas lingüísticos y simbólicos -bastante complejos, por cierto- que tampoco calzaban con la visión de mundo de los extranjeros. De hecho, los indígenas dedicaban gran tiempo y esfuerzo a la interpretación de mensajes de diferente tipo que podrían tener efecto en sus vidas: calendarios, estudios astrológicos, fenómenos climáticos, comportamiento animal, etc.. Es decir, quizás la mayor diferencia entre ambas culturas fue el concepto de "comunicación", pues para los americanos ésta no se remitía sólo al nivel interhumano, sino que era a menudo entre el hombre y lo divino. Para los europeos, en cambio, es más importante la acción y no requieren interpretar todo aquello que los rodea; sin embargo, para Cortés, es importante la comunicación con los indígenas: "Lo primero que quiere Cortés no es tomar, sino comprender; lo que más le interesa son los signos, no sus referentes." (Todorov, 1995)

En toda América los europeos trataron de imponer sus signos y símbolos, mientras que los nativos trataban de conservar los propios. Las culturas amerindias se caracterizaron, por ejemplo, en tomar como símbolos propios a los animales a los cuales atribuían características -positivas o negativas- que incidían en la vida de esas sociedades. Así, los indios norteamericanos se identificaron con el lobo, el cuervo o el coyote; en Mesoamérica es común advertir la figura del jaguar, la serpiente o el quetzal, mientras que en Sudamérica se identificaron con el cóndor, el zorro o el puma.

V. Deshumanización de los signos

1. En la actualidad, los signos han cobrado especial relevancia debido al avance de los sistemas tecnológicos de comunicación, los cuales tienen como misión que los seres humanos nos comuniquemos con absoluta inmediatez, sin importar las distancias. Para que esto sea posible, es necesario utilizar signos de rápida decodificación y, a su vez, nuevos códigos han ido reemplazando a los sistemas más antiguos.

El uso de las computadoras nos hace cada día más dependientes de los signos, puesto que, en la medida que conozcamos más "lenguajes" computacionales, tendremos mayores posibilidades de influir sobre los demás, ya que quien tiene más información tiene más poder. Internet, o la "supercarretera de la información", obliga a la rapidez, a la sucesión de imágenes, al conocimiento de muchos tipos de símbolos, e incluso se han creado signos de cortesía (*emoticones*) que podemos utilizar en un *chat* para "conversar" con otros "cibernautas". El *ciberespacio* es un espacio de signos. Sin embargo, se ha detectado una nueva enfermedad mental llamada "hipnosis ante el ícono", en la cual el individuo pasa horas mirando los íconos móviles que aparecen en algunos servicios *on-line*. Es decir, el hombre es víctima de su propia capacidad de simbolización.

Por otra parte, aunque en otros momentos de la historia se hayan utilizado símbolos que denotaban el *status* de las personas, éstos sólo estaban permitidos a la casta superior o a quienes se ganaban el prestigio, mientras que en las actuales sociedades de consumo cualquier persona que pueda adquirir ciertos bienes llega a poseer los símbolos actuales del éxito: un reloj *Rolex*, una cartera *Louis Vuitton*, un automóvil *Jaguar* o una camisa *Versace* son los nuevos símbolos del poder. Pero, irónicamente, muchos de ellos pueden ser falsificados, por lo cual el símbolo original pierde su valor.

En la actualidad no nos podemos imaginar a ninguna institución que carezca de ellos: en las empresas, los logotipos y los llamados colores corporativos; en los colegios, insignias, uniformes e himnos; en los clubes deportivos, banderines, camisetas y todo tipo de elementos que representen al equipo preferido de los hinchas. En efecto, millones de dólares se transan gracias al llamado *merchandising*, es decir, a la comercialización de productos que simbolizan a una marca o producto.

En este fin de siglo, sin el código de barras, las claves de acceso o el *password*, desgraciadamente, carecemos de identidad, dejamos de tener existencia en el mundo actual y todo aquello creado para agilizar las actividades se vuelve en nuestra contra. ¿No será acaso desvirtuar el sentido inicial y primitivo del signo cuyo fin era **representar**?

Sin desconocer las posibilidades y ventajas de los nuevos medios de comunicación, debemos reflexionar acerca del puesto del hombre en esta telaraña (justamente nombre dado a la red Internet: *world wide web*) de signos que él mismo ha creado para que no pierda su humanidad, sin necesidad de abandonar ni la tecnología ni a los signos que tanta utilidad nos prestan y que nos hacen diferentes de las demás especies. Como explica Ambrosio Rabanales, "Lo que distingue esencialmente al hombre de los demás animales es su capacidad de simbolización, pues el símbolo, en su grado de complejidad y en su condición de ser libremente constituido, es connatural sólo al hombre". Además, "Por ser el símbolo inherente a nuestra condición humana, subjetivo en consecuencia, toda nuestra visión del mundo y nuestra comunicación se realizan simbólicamente." (Rabanales, 1989)

V. Conclusión

Una verdadera enseñanza humanista debiera insistir en la tradición vernacular e incorporar, tanto en la forma como en el contenido, verdaderos signos y no simplemente imágenes vacías de sentido. Esta labor es tarea de todos los profesores, quienes -en general incorporan a sus asignaturas el repertorio de signos que permiten al alumno aprehender aquello que se está enseñando: un movimiento artístico, un período histórico, una característica cultural, etc. Pero pareciera que no es suficiente, pues el maremágnum de signos fragmentados que nos rodean pareciera desdibujar el universo de símbolos que nos hace hombres, por lo cual se debe intensificar la tarea.

Sólo si reconsideramos nuestra condición de *homo symbolicus* podremos proyectarnos al tercer milenio con el soporte de la tradición humanística. De no hacerlo, estamos condenados a ser sólo un un signo más.

BIBLIOGRAFÍA

- **Berlo, David**, 1969, *El proceso de la comunicación*, Buenos Aires, El Ateneo.
- **Bühler, Karl**, 1961, *Teoría del Lenguaje*, Madrid, Revista Occidente.
- **Cassirer, Ernst**, 1979, *Antropología filosófica*, México, Fondo de Cultura Económica.
- **Hockett, Charles**, 1971, *Curso de Lingüística Moderna*, Buenos Aires, Eudeba.
- **McLuhan, Marshall y Powers, B.R.**, 1995, *La aldea global*, Barcelona, Gedisa.
- **Mounin, George**, 1982, *Diccionario de Lingüística*, Barcelona, Editorial Labor S.A.
- **Rabanales, Ambrosio**, 1989, "El universo de los símbolos", en *Actas del noveno Seminario de la investigación y enseñanza de la Lingüística*, Santiago, U.S.A.Ch.
- **Real Academia Española**, 1992, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe.
- **Sapir, Edward**, 1929, "The status of Linguistics as a science" en *Lenguaje*, 5.
- **Saussure, Ferdinand de**, 1945, *Curso de Lingüística General*, Buenos Aires, Losada.
- **Sebeok, Thomas A.**, 1996, *Signos: una introducción a la Semiótica*, Buenos Aires, Paidós.
- **Serrano, Sebastián**, 1984, *La Semiótica*, Barcelona, Montesinos Editor S.A.
- **Shulte-Herbrüggen, Heiz**, 1963, *El lenguaje y la visión de mundo*, Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile.
- **Todorov, Tzvetan**, 1995, *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI Editores.
- **Whorf, Benjamin Lee**, 1971, "Ciencia y Lingüística", en *Lenguaje, pensamiento y realidad*, Barcelona, Barral Editores.